

Waldo Vila

El niño artista de Ranquil



A REGION del sur de Chile, de verde humedad y telúrica fuerza, ha entregado a la patria, desde los lugares más remotos y apartados, escritores destacados de todos los tiempos. Pedro Antonio González, el poeta de negra tragedia, nace en el ignorado pueblecito de Guicullo; en la desolada y pequeña estación de Temuco, Pablo Neruda, adolescente, escucha “el largo aullido de los trenes en la noche — y la lluvia incesante”. Con su alta poesía austral, dirige la falange de escritores sureños, Mariano Latorre, desde Cobquecura, sale en busca de los rincones de Chile. Luis Durand alcanzó en vida la distinción de “hijo ilustre de Traiguén” y hasta con música lo recibieron en su pueblo natal. Jorge González Bastías, desde su casa de Infiernillo, pequeño pueblo que ahora llevará su nombre, decía mirando hacia al cinta del Maule:

*En la hondonada se dilata
como una lámina de plata
siempre agitada de un temblor.*

Tomás Lago en Chillán vivía en la calle de los espueleros y cada mañana lo despertaban los golpecitos de los pequeños martillos templando las rodajas azuladas, Roberto Meza Fuentes desde Ancud trajo un saco de erizos, estrellas marinas y ostras gigantes. Diego Mu-

ñoz, de Concepción, Rubén Azócar, de Lota, nos cuentas oscuras tragedias de los mineros y de la gente de mar, y tantos otros que, de juntarse todos, podrían formar la república de escritores del sur.

No sé, de seguro, si sería posible determinar los factores locales por los cuales nacen tantos hombres de talento en esas tierras. Algo tendrá que ver, digo yo, “el picante pebre con cilantro”, “los ñoquis”, “la ensalada de digüeños” o el sabrosísimo “curanto” con su promiscuidad de carnes, aves y mariscos, sus especiales jugos, verdadera tentación del paladar. Tantos y tan variados condimentos obligan a beber para aplacar los ardores de la sed el fuerte vino pipeño, capaz de resucitar un muerto.

A propósito de estas gentes del sur, les voy a contar la historia de un niño antiguo, que nació en Ranquil, en la provincia de Concepción, por allá en el año 1858, hace la friolera de cien años. Hijo de numerosa familia, de un matrimonio de inquilinos en un fundo de la región. Como todos los campos, de seguro que el patrón se llamaría “don Céspedes” o cosa por el estilo; lo cual importa ni poco ni mucho para nuestra historia. La pobreza rondaba el rancho de paja, con su manotazo de hambre. El niño Virginio Arias, huérfano de padre, debía trabajar en el campo con sus hermanos y, además, se entretenía tallando pequeños trozos de cierta madera que encontraba en el monte, en sitios de él conocidos; con la ingenuidad inefable de un niño, de sus manos salían primorosos caballitos, corderos encrespados, gordos bueyes, casas y otras mil bendiciones. Los pajarillos que labraba parecían querer volar, como aquellos otros que de barro hacía el pequeño Jesús. Maravillados quedaban los ojos de los rudos campesinos de Ranquil: ¡si parecía cosa de brujería!

Un día, el dueño del fundo, el mentado don Céspedes, quiso ver las cosas que hacía aquel niño prodigio. Virginio, confundido, fue sacando por debajo del poncho las figurillas talladas en madera, gráciles y vivientes. El gordo de don Céspedes exclamó:

—¿Serías capaz de hacerme un retrato de a caballo? —mientras las daba vueltas entre sus manotas de labriego.

El niño lo mira con sus ojos límpidos, midió la talla del jinete y su cabalgadura y contestó con voz pequeña:

—Sí, patrón, si me da los materiales.

Soltó una carcajada el patrón y ordenó se le entregara al niño lo que éste pedía. Así el pequeño artista de Ranquil puso sus manos en la primera estatua ecuestre. Era el comienzo de su carrera de escultor, desde ese instante y de misteriosa manera haría surgir formas de la materia. ¿Quién le había enseñado el secreto de tallar? y lo que es más: ¿quién le había indicado las herramientas necesarias para el trabajo? Desde los viejos tiempos de Tiahuanaco, cuándo los hijos de esta tierra sabían modelar la roja arcilla, trabajar los metales preciosos y levantar templos maravillosos al culto del sol. Cuando la cordillera de los Andes no había emergido todavía de las profundidades del mar (conchas marinas y especies fosilizadas de sus estratas así lo atestiguan). En ese tiempo, que se pierde en el tiempo, la América ya tenía una enorme y refinada cultura de la que eran focos derivados de las civilizaciones de México, Guatemala y Perú. Esa raíz oculta de la cultura americana es la que debe reaparecer en los grandes artistas del continente. La América antigua, antes de Colón, tuvo geómetras, artífices y sabios que conocían la marcha del sol y el secreto azul de las estrellas. Mas debemos volver a nuestra historia del niño artista de Ranquil, aunque la otra, la historia grande de la América oscura, sea bueno deslizarla alguna vez en los oídos sordos que se niegan a escuchar.

Si el patrón quedó más que admirado con los talentos del indiecito Arias, ni qué decirse tiene. La escultura fue enviada a Concepción para admiración de los penquistas y, como una mano lava la otra y las dos la cara, una cosa trae la otra, el niño fue enviado pronto a esta capital, recibiendo allí una educación elemental, en ningún caso satisfactoria para sus deseos de perfeccionamiento artístico. De alguna manera, entró en contacto con el escultor Tomás Chávez que trabajaba a las órdenes del pintor Francisco Sánchez, con un grupo numeroso de artesanos encargados de restaurar, reparar, decorar, pintar y dorar edificios públicos y templos. Virginio Arias ingresó a este

grupo de trabajadores artesanos, recorriendo en su compañía y haciendo su mismo trabajo en los pueblos del sur: Chillán, Los Angeles, Talca y Yumbel, donde falleció Tomás Chávez, en los brazos de su fiel discípulo al que le había transmitido todos los conocimientos de su antiguo profesor, Augusto Francois, en la Escuela de Bellas Artes de Santiago. Los menesteres de la vida le hicieron entonces abandonar a sus antiguos compañeros de trabajo ya que éstos no podían proporcionar satisfacción a sus ambiciones de escultor.

Trabajó dos años junto a su madre, manejando una máquina, economizando peso a peso el dinero necesario para realizar el viaje a Santiago con el fin de estudiar en la Escuela de Bellas Artes. Esto sucedía a fines del año 1873, cuando la vida de la capital estaba bajo el impulso que le dio don Benjamín Vicuña Mackenna. Las calles, plazas y paseos públicos estaban en pleno remozamiento y el cerro Santa Lucía era joven. El Mercado Central, con su armazón de fierro importada de París, sería inaugurado con una fiesta de luminarias a gas a la que asistiría toda la sociedad de Santiago. Existía también una renovación espiritual que se traslucía en el interés por la pintura, escultura y el dibujo ornamental.

La Escuela de Bellas Artes abrió sus puertas con un nuevo profesor, el notable escultor Nicanor Plaza. Según los documentos de la época, las artes plásticas se hallaban sostenidas, en forma casi exclusiva, por los artesanos. Para ser artista pintor o escultor no se necesitaba bachillerato, se entraba por la ancha puerta democrática que no requería conocimientos sino vocación natural y de esta manera los artistas podían estudiar sin mayores trabas. Virginio Arias, amparado por la gratuidad y libertad de la enseñanza aun cuando era un campesino del sur, pudo entrar como alumno de Nicanor Plaza, el autor de "Caupolicán" cuya *maquette*, según se dice, fue robada de su taller en París, lo que explicaría la igualdad con la estatua "El último mohicano" existente en Estados Unidos. El maestro recibió el encargo de realizar, en mármol, la estatua de don Andrés Bello, que actualmente se encuentra un tanto incómoda y estrecha donde la han empujado, frente a la Universidad. En Chile no era posible este trabajo

por lo cual Plaza decidió un viaje a París con este fin. No dudó en llevar consigo a Virginio Arias, conteándole el pasaje de propio peculio, al fracasarle las gestiones para conseguir una beca del gobierno.

En el largo viaje, el moreno hijo del sur, aprendió también francés con su profesor de escultura.

La vida de Virginio Arias en París desde 1874-1890 es algo extraordinario. Se levanta desde la tierra humilde, con el esfuerzo de sus hábiles manos de campesino, trabaja en silencio, concurre a las academias, recibe las lecciones de Geoffroid y Jean Paul Laurens. Devuelve a la patria la ayuda que no le otorgó, enviando sus obras desde París, donde obtiene una distinción sobresaliente con su monumento "El Defensor de la Patria", actualmente en la Plaza Yungay de Santiago, conocido por nosotros como "El roto chileno".

La guerra del Pacífico le enseñó la verdadera importancia que tiene, en el arte, la formación de una conciencia nacional. Sólo cuando obtuvo estas distinciones por sus obras, el gobierno de Chile le concedió una beca por los dos últimos años de su permanencia de diez y seis en Europa, durante los cuales había sido sostenido únicamente por su maestro Nicanor Plaza.

Como mudos testigos de su desinteresado talento permanecen sus obras en el Museo de Bellas Artes: "El descendimiento", "La estatua de Riquelme y Aldea", los frisos de la marina, "La vendedora de amor", "Dafne y Cloe", "Hojas de Laurel", en Valparaíso. Como dato de extraordinario interés, confirmado por el escultor José Perotti en Estados Unidos, damos a conocer que Arias habría colaborado en el monumento a la Libertad, de Bhertoli. "El descendimiento de la cruz" obtuvo una medalla de oro en la Exposición Internacional de París (1889).

En 1909, el gobierno del Presidente Errázuriz lo nombró Director de la Escuela de Bellas Artes. Su paso por ella transformó la enseñanza, la dotó del actual Palacio de Bellas Artes, que fue inaugurado para la Exposición Internacional (1910) que él organizara; contrató para la enseñanza de pintura a don Fernando Alvarez de So-

tomayor, creó el título de profesor de dibujo y dióle dignidad a la profesión de artista. Fundó también la Escuela de Artes Aplicadas.

Esta gran labor creadora no fue reconocida en su tiempo y la envidia intrigó en su contra, promoviendo a una huelga de alumnos, organizada por algunos profesores para provocar la caída de Arias. La renuncia que éste hizo a su cargo, fue voluntaria. A nuestro parecer, la enseñanza perdió con él un maestro.

Arias dejó, entre sus obras, nueve monumentos públicos, numerosas estatuas que se encuentran en el Museo de Bellas Artes. Bustos, bajorrelieves que suman un total de trescientos.

A pesar de esta inmensa obra de realización y de los servicios prestados al país, al fallecer en el año 1941, no hubo publicidad alrededor de su muerte, unas veinte personas acompañaron sus restos y sólo su amigo, el pintor Pedro Reszka, hizo emocionado su oración fúnebre.

El actual Decano de la Facultad de Bellas Artes, don Luis Oyarzún, repara ahora este injusto olvido con la celebración del centenario de su nacimiento, que conmemora con un homenaje a su memoria y una exposición gráfica de sus obras en el Museo de Bellas Artes. Muestra que se exhibe para conocimiento del público y respeto a la memoria del gran artista.